

los conventos de Reims, donde las hermanas de su madre ocupaban el cargo de abadesas, y se reclinaba en su dolor, tanto mas vivo, cuanto que lo agravaba la consideracion de los males sobrevenidos, no solo sobre su persona, sobre su trono, por el establecimiento de la Reforma, el reinado de la nobleza, el triunfo de las armas británicas sobre sus armas, la expulsion de los franceses, la influencia de las Córtes, el cambio de los ánimos, el relampagueo de las ideas, el predominio de un Cristianismo republicano, la derrota de su antigua tradicional autoridad, la proscripcion de su Santa Madre la Iglesia. Brantome, ilustre historiador de todas estas Reinas, describela con vivos colores; solitaria en sus paseos, vestida con sus negros ropajes de viuda, tocada con su rebocillo blanco, el libro de oraciones en la mano, el rosario de Santo Domingo en la cintura, trémula si álguien la veía como la cierva sorprendida en la soledad selvática; y para su consuelo, componiendo versos, en los cuales pintaba cómo habia visto yerto á su esposo, paralizado el corazon, extinta la mirada, llevándose consigo las rosas de una risueña primavera, y dejándola en el desierto de una tristeza sin término, á la cual son lágrimas las gotas de rocío, tinieblas las alboradas, lutos las florecencias, elegías las auras, el universo entero un panteon rematado por la estatua de un dolor tras el cual no descubria mas esperanza que los senos y los regazos de la muerte.

No hubo mas remedio que dejar á Francia y partirse para Escocia. Las Córtes le habian mandado emisarios á conjurarla de nuevo para que sancionase los convenios de Edimburgo; y nada consiguieron. María tuvo que pedir un salvo-conducto á Isabel de Inglaterra en precaucion de un arribo á sus costas, y se lo negó á la infeliz, recordándole su negativa tenaz á la sancion de los convenios. Al recibir el embajador que le notificara tan cruel repulsa, María presintió que si un viento contrario la echaba sobre Inglaterra, hallaria en ella, no el asilo á que le daban derecho su sexo, su condicion y su sangre, sino el cadalso y la muerte. Bajo este trágico presentimiento se dirigió á su reino. Los jardines de San German, las selvas de Fontainebleau, las estatuas de los primeros escultores, las cresterías de los grandes palacios, los coros acompañados de liras cantando los versos del tiempo; las pinturas inspiradas por el genio de Italia que acompañaban los certámenes literarios y los bailes continuos; el esplendor de los torneos donde se presentaban los

combatientes con sus armaduras cinceladas; el prestigio de un culto celebrado entre nubes de incienso por un clero vestido con toda suerte de brocados sobre cuyos iris sembraba chispas de luz la rica pedrería; todos aquellos encantos, realizados por el amor y la juventud, se quedaban risueños en las costas de donde la jóven Reina se partía, mientras los bosques umbríos de melezos verdinegros, las nieblas espesas formadas por vapores cenicientos, los castillos ceñudos y las chozas inhospitalarias, una férrea nobleza de feudal temperamento, y una severa religion que proscribía todo espectáculo, todo arte, toda magnificencia, todo esplendor, la esperaban ¡ay! en el reino donde iba; extranjera y soberana juntamente allí; sin comprender sus instituciones y sin compartir sus creencias. No dejó pues de mirar un punto las costas de Francia en la tarde siniestra de su embarque. Y conforme la iban los vientos alejándola, caíanle con mayor abundancia las lágrimas y se le partía en sollozos amargos el dolorido pecho. Ya era de noche; ya estaba como sumergida en los espacios oceánicos, y aun preguntaba con grandes instancias al timonero hácia qué parte caía la perdida mansion de sus amores. Á la mañana siguiente aun pudo verla, y despedirse con sin igual ternura, y con la tristeza del suicida que rompe cuantas ligaduras le atan á la tierra. ¡Cuál no seria su extrañeza y su dolor al desembarcar en Escocia, y encontrarse, no las áureas literas y carrozas de Paris, las desnudas hacaneas de los montes; no los cortesanos vestidos á la usanza italiana, los guerreros en armas; no los coros acompañados por las liras, las flautas pastoriles y alguno que otro violin, cuyas rudas cuerdas rascaban groseros arcos; no los artistas de verdadera inspiracion, ceñidos con sus coronas proféticas, no, los santos del nuevo Cristianismo, austeros, tristes, sombríos, con sus sermones de moral, sus prácticas de penitencia, sus salmos de terrores y de amenazas; no la Francia del Renacimiento, la Escocia de la revolucion.

¡Cuán diversas para María Estuardo Escocia y Francia! Reina jóven y bella, esposa de un rey casi niño; bajo la tutela de los Guisas, que tomaban para sí los cuidados y responsabilidades del gobierno; en palacios parecidos á templos y en jardines parecidos á paraísos; entre la resurreccion de las artes y con el sensualismo propio de una corte cuasi pagana, digna de aquel tiempo, en que las bellas princesas tomaban los nombres de las divinidades anti-

guas; María pasaba su vida yendo de los certámenes á los torneos, de los torneos á las danzas, de las danzas á las cacerías; presa de una fiesta perpetua y constante, animada por encantador y risueño regocijo, natural en aquellas horas del Renacimiento, que dado al indiferente olvido de los problemas religiosos llenos de guerras, creía, á pesar del universal estruendo, poder tornar el género humano al reposo divino de la inspirada Grecia. En Escocia, clima duro, complexion ruda, feudalismo en armas, sectarios austeros de una revolucion radical, adusto calvinismo, ningun arte, ninguna fiesta, predicadores severos divulgando una moral estoica, firme, aristocracia exigiendo unos privilegios avasalladores de la monarquía, resistencias invencibles del viejo culto, aspiraciones incontrastables del nuevo, las guerras religiosas en los ánimos, las guerras civiles en las costumbres: terribles y nefastas sombras, en las cuales iba, como á extinguirse, á guisa de fugaz aerolito, aquella poética reina cantada por la inspiracion de los artistas, embellecida por una corte voluptuosa, y señalada, en las inapelables sentencias del hado, así que pisó el reino patrimonial de sus abuelos, con la indeleble marca de tan adversos destinos.

A cada paso una dificultad. ¿Reconocía la nueva fe? Pues enajenaba el concurso de sus mas fieles vasallos, los antiguos católicos. ¿Sostenía la vieja fe católica? Pues sublevaba sectarios tanto mas temibles cuanto mas supersticiosos en sus creencias y mas estoicos en su proceder y en su conducta. Su propio casamiento encerraba problemas políticos de importancia excepcional. Si elegía un escocés ¿donde hallarlo de su estirpe y de su sangre? Si escogía un extranjero ¿cómo impedir las grandes complicaciones europeas? ¿Era católico? Pues despertaba las supersticiones protestantes. ¿Era protestante? Pues promovía la discordia religiosa en el régio palacio y en la real familia. No menos grave la cuestion política. Unir á los nobles, equivalía en el fondo á destruir y anular la monarquía; tenerlos divididos, equivalía en el fondo á establecer por todo régimen la guerra civil permanente. Necesitaba contra todos estos peligros, para superarlos y vencerlos, una consumada prudencia, cuando adolecía de inexperta; una grande circunspeccion, cuando adolecía de ligera; una destreza increíble, cuando adolecía de torpe; como que brillaba por un claro ingenio, á la verdad no acompañado de seguro juicio. Nerviosa

de complexion, exaltada en sus pasiones, móvil en sus sentimientos; con harta imaginacion para idear toda clase de proyectos y con poca firmeza de voluntad para cumplirlos; entregada lo mismo á las ideas que á las personas de su predileccion sin reservas; tan fácil á los apasionamientos mas fervorosos del amor como á las ingraticudes mas glaciales del olvido; María Estuardo era una bellísima mujer de corte y de mundo, cuando necesitaba ser un perfecto y acabado estadista en las numerosas complicaciones de la encendida Escocia y bajo la pesadumbre abrumadora de su heredada dignidad.

Lo primero que debía recabar en las angustias extremas de aquel extraordinario estado social de su agitada Escocia, era su propia libertad de conciencia, y el ejercicio privado y doméstico de su culto, á todo lo cual se oponía con oposicion extrema el rudo victorioso calvinismo. En Francia y su corte adquirió María Estuardo esa devocion extrema, que, por maquinal, no deja de tener grandes fervores intensos y mucho arraigo en el alma, sobre todo para quien cree hallar en ella excusa fácil á ciertas ligerezas y desagravio pronto á la divina justicia. A la verdad no podía vivir sin la misa diaria, y la confesion y la comunión pascuales, y los ritos de una Iglesia en cuyo regazo naciera su alma y reposara siempre su conciencia; mientras los primates de su reino, los directores del espíritu escocés en aquella sazón, los apóstoles de la nueva fe, tomaban las antiguas ceremonias eclesiásticas y piadosas como los primeros cristianos tomaran los sacrificios y holocaustos del viejo paganismo. Cuando vemos la casta Vénus de Milo en su hermosura perfecta y en su divina serenidad; los bajo-relieves de mármol penthélico esculpidos por los cinceles de Fidias; la trípode sobre la cual ardía, como una idea pura, la suave lámpara por aceite oloroso avivada, no podemos comprender cómo aquellas armonías del arte antiguo y aquellos símbolos de una religion tan poética, inspiracion eterna de ideales fijos ya en la conciencia y en la historia, pudieran parecer abominaciones del infierno y hechuras del demonio á los primitivos cristianos en el ardor de su fe. Pues un estado íntimo de conciencia y en su fondo análogo al estado de las primitivas familias cristianas, explica ese para nosotros inexplicable horror de los calvinistas á la misa, Mientras en sus majestuosas ceremonias, en sus solemnes

kiries, en sus aleluyas jubilosísimas, en sus consagraciones santas, en el cáliz áureo con la immaculada hostia levantado al cielo entre nubes de incienso y acentos del órgano, vemos nosotros una comunicacion directa del hombre con su Dios; y plegadas las manos, extáticos los ojos, puestas las rodillas en el suelo, sentimos deliquios místicos, cual si el calor de la increada luz por nuestra sangre toda se difundiese: los calvinistas solo sienten y solo reconocen, á virtud de sus creencias, allí, las abominaciones de una idolatría semejante á la materialista y carnal de los antiguos paganos. El jefe de todos ellos en Escocia, hombre de convicciones tan profundas y de natural tan austero como Calvino mismo, decia preferir una irrupcion de cien mil hombres en su pueblo á la celebracion de una sola misa. Así, el primer domingo en que María Estuardo acudió al santo sacrificio, no pudo acabarse del todo este sin perturbaciones y escándalos, para cuyo apaciguamiento y remedio acudieron gentes de armas á las sacras puertas de la Real Capilla; y cuando entró á tomar posesion de la capitalidad antigua, por burgueses y nobles circuida, entre una corte numerosa, con pompa extraordinaria para la natural austeridad de la calvinista Edimburgo; bajo dosel de terciopelo morado; los niños le presentaban la Biblia y los Salmos; las mujeres le decian cómo Dios castigaba cruelmente á los idólatras; y representaciones irreverentísimas, celebradas como nuestros Autos Sacramentales, en las esquinas y sobre los tablados, vejaban el rito católico, presentándolo en caricaturas grotescas y deformes, como un absurdo y materialista paganismo. ¡Pobre Reina, privada en el trono de lo primero que posee la última de las mujeres en la choza, privada en el trono de la disposicion de su conciencia!

Knox, el verdadero Calvino de la encendida Escocia, se presentó en palacio y habló á María como pudieran hablar los profetas antiguos de Sion á las reinas idólatras de Tiro, de Babilonia, ó de Nínive. Sin deducir el exaltado creyente de su propia fe la intensa fe de los demás, habló en frases descomedidas é irreverentes de la Iglesia católica y sus ministros, comparándola con las ciudades malditas del Apocalipsis llenas de ídolos, y mezcló á las teorías protestantes en boga entonces las máximas democráticas peculiares al republicanismo calvinista nacido y desarrollado en Ginebra. Tales sucesos, en su trascendental sentido mostraron á la Reina todo el poder de la nueva

fe, y movieronla con soberano impulso á deploradas pero necesarias transacciones. Reconoció en la doctrina calvinista el dogma oficial de aquel su Estado; asumió los bienes de la Iglesia católica para distribuirlos en la nueva Iglesia; y nombró un Consejo de Gobierno, en el cual predominaban los fieles á la fe triunfante sobre los fieles á la fe vencida y antigua. Demás de todo esto, María confió la direccion política del reino á su hermano bastardo Lord James, quien, perteneciendo al calvinismo, tenia la persuasion de que necesitaba Escocia en aquel crítico período un apaciguamiento de las pasiones religiosas, propio para robustecer el débil reinado de una jóven y ahuyentar en lo posible las guerras civiles y sus irremediables catástrofes. La concesion única de Lord James á su hermana, reina solo de nombre, fué la libertad completa de su culto particular y privado. María pudo consagrarse al ejercicio y prácticas de su religion personal en lo mas recatado y oculto de su palacio, donde la privacion propia del recato y del silencio aumentaba la intensidad íntima de su fe, y la pena con que se veia constreñida, reina de nacimiento y gobernadora de derecho, á pactar con el error y con el pecado en las tristes exigencias de una horrible política.

Imposibles medidas tan radicales atentatorias á creencias antiguas sin promover hondas y cruentas desavenencias. Las dos familias mas cercanas al trono, la familia de Gordon y la familia de Hamilton, resistieron á las innovaciones, como se resistia entonces, con los medios propios de aquel tiempo, con guerras crueles, que dejaban tras sí el saco, el incendio, la matanza. Gordon podia poner en pié de guerra veinte mil de aquellos soldados feudales, que semejaban á los brutos carniceros, y medirse de igual á igual con la corona y sus ejércitos. Hamilton poseia una de aquellas dignidades, en cuyo seno se guardaba el espíritu y la fuerza de un verdadero Estado, aparte, aunque dentro, del Estado monárquico. Las dos familias poseian el Norte y Oeste de la feudal Escocia, y disputaban al trono su autoridad y sus privilegios. María, conforme con ambas en religion, estaba en política de todo en todo disconforme, y no podia tolerar el desconocimiento y la debida obediencia en el reino á sus reales mandatos. Así, la diosa de los jardines de Francia, solo acostumbrada en su plácida juventud á juegos y placeres, tomó aires de general como una verdadera y grande amazona, poniéndose al frente de sus